

Poderosa es tu voz, que al furibundo
Marte arrebató la sangrienta espada,
Y el rayo quita de la mano airada
Al irritado Jove contra el mundo:
Y pues que al mar profundo
Puedes parar el ráudo movimiento,
Mover el bosque, suspender el viento,
Y al astro donde el día se desciende
La alegre luz robar.... ¡Eufemia! atiende,
Atiende por piedad mi triste acento.

Tiende los ojos por la infanda tierra
Donde el genio del mal vertió su copa:
Mira la triste Europa
Ardiendo toda en sedicion y en guerra.
Sé tú su genio tatelar: levanta,
Sublime Eufemia, el atrevido vuelo,
Y á la apacible voz que nos encanta
Quede la tierra convertida en cielo.
¿Podrá á tu grato anhelo
Fiera discordia resistir? ¿pudieran
Esos hombres atroces
Que á inevitable lid corren feroces,
Resistir á tu voz, si ellos la oyeran?
No es posible, ¡gran Dios! no: que tu canto
Se eleve al cielo santo,
Y huya el fiero rencor y el odio eterno,

Acompañados del pavor y espanto,
A los tóbragos senos del Averno.
Huyan: y al lado del laurel y el mirto
Con que Apolo y Amor ornán tu frente,
Crezca también, ¡oh ninfa poderosa!
La oliva venturosa,
La dulce oliva de la paz clemente.

AMOR Y DESDEN.

SONETOS.

I.

Tiende la noche su enlutado velo,
Mientras la luz del sol mi pecho implora:
¡Ay! y tal vez la sonrosada aurora
Vendrá á aumentar mis lágrimas y duelo.

Un plazo, un plazo á mi amoroso anhelo
Señaló la muger que el alma adora:
Y el término ya espira, y ella ahora
Mi muerte ha decidido ó mi consuelo.

¡Oh sol! ¡oh fuente de esperanza y vida!
El mas feliz ó desdichado humano
Seré mañana al despuntar tu lumbre.

¿Anhelaré tu rápida venida?
¿Maldeciré despues tu rayo insano?
¡Oh triste, oh congojosa incertidumbre!

II.

Oro te ofrece mi rival terrible,
Incapaz de querer su pecho inerte;
Que si debió riquezas á la suerte,
En igual proporcion nació insensible.

Yo, rico solo en fuego inestinguible,
Mi solo corazon puedo ofrecerte;
Y un corazon que vive de quererte,
Al fausto y la riqueza es preferible.

Es preferible, sí; que no podria
El oro universal comprar tu pecho,
Ni aun á tenerlo yo, le compraria.

¡Unámonos, mi bien! y en tal estrecho,
No seré pobre, si la selva umbria
Hojas me presta para darte un lecho.

III.

Pendiente de su labio está mi vida,
Y ella entre tanto, ingrata á mis amores,
Esa vida me niega en sus rigores,
Ya débilmente á mi existencia asida.

¡Oh funesta muger! ¡oh fementida!
¿Por qué fiereza tal? ¿por qué traidores
Me han de negar tus ojos vencedores
La última gracia que mi amor les pida?

Si en ver mi muerte te complaces fiera,
No ya la vida anhelo, imploro solo
Que aplaques el rigor de tu desvío:

Dime que me amas una vez siquiera,
Dímelo ¡ingrata! aun con ficcion y dolo,
Y me verás morir del gozo mio.

IV.

Por mas que ingrata á mi cariño seas
Y dividas mi amor con cien rivales:
Por mas que á los inertes pedernales
Venzas, fiera, en rigor cuando esto leas:

Por mas que altiva, inexorable creas
Tanto aumentar mis ansias inmortales,
Que á esceder lleguen los eternos males
Que el Oreo ofrece y sus horribles deas:

Robarme no podrás el gozo puro
Que en medio del rigor mi pecho siente,
Pues no puedes negar que me has querido:

Podrá tu corazon mostrarse duro,
Mas no me quitará, tenlo presente,
La gloria ¡ay Dios! de haberte merecido.

V.

En vano, ¡oh de Noviembre opaco dia!
Velado en niebla apareciste al mundo;

En vano con tu horror triste y profundo
Presagiabas doblar la pena mía:

En vano el cierzo silbador batía
Sus alas tormentosas furibundo;
En vano tibio el sol y moribundo
Mi dolor desde Ocaso predecía.

Vino la noche en pos, y aquella ingrata
Que tan injusta se mostró conmigo,
Trocó sus iras en amante esceso.

La luna hermosa alzó la sien de plata
A presenciar mi triunfo, á ser testigo
De mi primer abrazo y primer beso.

A MI AMIGO D. J. G.

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA D^a P. DE Q

Llora, llora, José: nunca tus ojos
Podrán verter tan abundoso llanto
Que digno sea de la tierna esposa
Pura, leal, hermosa,
Que tanto amabas, y te amaba tanto.
Si el mundo te reprende
Porque te ve llorar, yo diré al mundo
Que ni penetra tu dolor profundo,
Ni tu sensible pérdida comprende.

¡Yo la comprendo, y lloraré contigo!
Luis, Javier y Mariano...
La madre de Pilar... ¡oh dulce amigo!
Quien no llore con ellos y conmigo,
Ni á Pilar conoció, ni fué su hermano.

Lastimado tu pecho,
El momento ¡oh doír! recuerda ahora
En que la viste por la vez primera.
Bello lustro de amor, ¡ay! ¿qué te has hecho?
¿Dónde está la beldad encantadora
Que el placer de vivir probar te hiciera?
¿Dónde la compañera
Que en la mesa, en el lecho,
Tu dios, tu gloria, tu universo era?

Inhumana la suerte
Quiso hacerte infeliz: lo ha conseguido:
Ella tu triste corazón ha herido,
Y herido está de muerte.

¡Si Pilar á lo menos
Un fruto de su amor dejado hubiera
Que su retrato fuera!
¡Si una prenda tal vez, como su madre,
Regalada y hermosa,
Te apellidara padre
Con su lengua graciosa!

Ella el inmenso horror minoraría
De tu funesta pena,
Y menos triste tu viudez haría,
Y el vacío espantoso llenaría
Que despues de Pilar ninguno llena.

Pero el destino te negó el consuelo
De mitigar tus males inhumanos,
Y lo negó también á tus hermanos,
¡Y lo negó á tu madre! El alto cielo
Retratado á tu bien dejar no quiso:
Era, ¡ay de mí! preciso
El cáliz apurar del desconsuelo.

Llora, pues, llora: tu sangrienta llaga
Mas bálsamo no tiene
Que tu mismo dolor. El que insensible
Al mirarte llorar no te acompañe,
No es tu amigo leal; es imposible:
El que moteja tu dolor, es malo:
El hombre que no llora
Es un monstruo, José: el universo
Le mira con horror: ser insensible,
Es poco menos que nacer perverso.

¿Cómo culparte, pues? Pero mi labio
A preguntar se atreve
En tu justo dolor.... ¿has aprendido

La ciencia Augusta de llorar? Perdona:
Si apeteces morir, nada has sabido.

¡Pues qué! ¿te cebarías
De tal manera en tu dolor profundo,
Que anhelando no ser, la tumba sola
Tu delicia y placer fuese en el mundo?
¿Consistirá la ciencia
De llorar á tu esposa idolatrada
En minar poco á poco tu existencia
Y esquivar el dolor? Su sombra amada
Tiene derecho á conservar el plazo
De tu vida infeliz: robarle un día
Es negarle las lágrimas que puedes
Verter en ese día:
Acortar un momento, un solo instante
De tu vida ominosa,
Es negar á tu esposa
El suspiro leal de un solo instante,
Es negarle un dolor.... no es otra cosa.
Quien su existencia terminar anhela,
O carece de fé, ó es un cobarde
Que á la voz del gemido se rebela.

Vive, pues, para el lloro: llora, amigo,
Para poder vivir: si no lloraras,
Morirías también, y otros contigo.

Cébate en la memoria
De tu esposa leal; mas no sus gracias
Ni su dulce beldad el solo objeto
De tus recuerdos sea;
Ni el sol divino que alumbró diez años
Tu himeneo y tu amor: no el lustro hermoso
Que fuiste amante para ser esposo:
No las tiernas caricias
Que de tu vida hicieron
Un venero de gloria y de delicias....
Pensar en esto solo
Fuera pensar en tu divina esposa,
Como se piensa en la azucena hermosa
O en cualquier otra flor: Pilar ha sido
Algo mas que una flor, mas que una rosa:
Pilar fué un ángel para el bien nacido.

¿Te enternece mi voz? ¿sientes ahora
El inefable encanto
De pensar en tu bien? Ya de tus ojos
El ferviente raudal se para un tanto:
Ya el lloro no es dolor: desconocida
Sensacion de tu pecho se apodera,
Sublime sensacion de pena y gozo,
Pensamiento á la vez dulce y amargo
Que te envía el dolor, y sin embargo
De ventura te llena y de alborozo.

Aquella hermosa que feliz te hacia,
Y su dios y su gloria te llamaba,
Era un alma de amor que al pobre via
Y como á tí le amaba,
Y un rival en el mísero te daba,
Y tu pecho tal vez no lo sabia.
¡Oh, cuántas veces al mirarla triste
Despues de breve ausencia,
Que era por tí creiste,
Y el suspiro infeliz que acaso oiste
Era solo un recuerdo á la indigencia!
¡Cuántas veces su labio
Te sonrió leal, y envanecido
Como signo de amor lo interpretabas,
Y la tierna sonrisa que mirabas
Decia un infeliz ya socorrido!—
¡Oh muger celestial! mi plectro de oro
Tu hermoso corazon dirá á la gente;
Y acataré tu sombra, y reverente
Lloraré de placer y de alegría.—
Su caridad ardiente
Ni la supiste tú cuando vivia,
Ni la supo tampoco el indigente
Que la oculta limosna recibia.

¿Y el patriotismo hermoso
Que llenaba aquel pecho

Por la virtud y por las gracias hecho?
¡Oh de Marzo inmortal día glorioso!
¡Oh jornada sublime
En que el abrir los ojos
Fué la patria á salvar! Tú solamente
Dirás quién fué la hermosa
Que oyendo el grito desleal, valiente
Saltó del lecho en noche tenebrosa.
No era ya una muger, era una diosa,
Era el arcángel tutelar de Augusta
Que sus valientes hijos despertaba,
Y al tiro aleve descubierto el pecho,
Hasta su mismo lecho
La voz de alarma y libertad llevaba.
Tal del mundo en el día postrimero
El ángel del Señor vendrá á la tierra,
Y con eco inmortal; tremendo y fuerte,
Arrancará á la muerte
Yertos despojos que la tumba encierra.

Piensa en esto, José, piensa en tu esposa
Grande y sublime; y en el punto mismo
Descenderá á tu pecho el heroismo,
Y la vida amarás, bien que ominosa.
Si lo dudas aún, mide, compara
La flaqueza anterior que te abatía
Con la santa alegría

Que hora te infunde su memoria cara.
El que su esposo ha sido,
Indigno fuera de tener tal nombre,
Mostrándose apocado y abatido.

Piensa en morir, y ofenderás su nombre:
Entrégate al dolor mas de lo justo,
Y cobarde serás: acusa al cielo,
Y al que la premia insultarás adusto.

¡Pues qué! ¿será que la funesta duda
De tu mente cruel apoderada
Pueda mas que la fé? Fieros los libros
Que escribió la impiedad no enseñan nada,
Sino á ser infeliz. El pensamiento
Que al corazón resiste
Es un sofisma descarnado y triste:
No hay verdad si la niega el sentimiento.
Un suspiro, un latido, un movimiento
Del leal corazón, siempre infinito,
Prueban y dicen mas con un acento
Que cuantos libros el orgullo ha escrito.

Oye, pues, el acento, escucha el grito
Que lanza el corazón... *un Dios existe*
Que premia la virtud... ¡Oh bienhechora!
¡Oh voz consoladora
Para el hombre de bien! ¿quién te resiste?

Tú de Pilar llenabas
De heroísmo y virtud el santo pecho:
Tú su celeste caridad probabas:
Tú la conformidad que á ella le dabas
Darás al hombre que durmió en su lecho.

¡Valor, amigo! Tu divina esposa
El ejemplo te dió. Cuando la viste
En tus brazos morir, ¿notaste acaso
Apocamiento en ella?
¿Oíste una querella,
Un solo acento de valor escaso?
¿Fué espresion de amargura,
Y de luto y pavor, su último aliento,
O espresion de contento,
Resignacion y fé sublime y pura?

Su espíritu divino
El vuelo santo á la region tendía,
Do la verás un día
Cuando cumplas como ella tu destino.
No preguntes al cielo
Por qué te la robó: no le preguntes
Por qué de su cariño
No te dejó una prenda.... ¿Quién sería
La madre de ese niño
Que aflige sin piedad tu fantasía?

Piensa tan solo en imitarla; piensa
En que fuiste su esposo,
Para volverlo á ser: esa esperanza
Llene tu pecho de alegría inmensa.—
Disipa del dolor la nube densa,
¡Madre y hermanos de mi amigo! Un día
La pena aguda que os aflige impía
Merecerá á Pilar en recompensa.

EL ARBOL.

POEMA CLASICO-ROMANTICO, O DEL GENERO MEDIO, DEDICADO
A MI AMIGO D. CAYETANO BALSEYRO.

I.

¿No le veis? ¿no le veis? Lleno de pompa,
De lozanía y gala,
Ninguno de los árboles le iguala.
Sonora el aura con fecundo vuelo
En sus hojas se mece,
Y él entre tanto gigantesco crece
A la márgen del pródigo arroyuelo.
¡Salud, árbol gentil, hijo querido
De la naturaleza,
Fuente de vida y de salud! Belleza,
Verdor, fragancia, robustez, frescura.....
Todo, todo lo tienes:

Hasta el dón de hacer bien orna tus sienes
Cubiertas de follaje y de hermosura.

A nadie hiciste mal. Gira las ondas
El pez, y de otros peces
Se alimenta voraz: el hombre á veces,
Para matar y destruir nacido

Injusto se imagina:
El ave misma que inocente trina
El campo tala al labrador perdido.

Tú solo ignoras el placer funesto
Que á los séres ordena
Felices ser en la desdicha ajena:
Tú las leyes del bien solo obedeces,
Y en seguirlas te places:
Tú eres el solo que inculpable naces;
Tú eres el solo que inculpable creces.

Si al agua robas el humor, al agua
Humor le solicitas
Cuando la nube llovedora escitas:
Venero de salud tu fértil seno,
Si le merece al aura
El hálito infeliz que lo restaura,
Tambien le quita su mortal veneno.

Aun los ingratos que te ultrajan prueban
Tu proteccion: insano

Tal vez el hombre, en su furor tirano
De guerra y destruccion, el hierro indino
En tu contra levanta;
Y mientras hiere bárbaro tu planta,
Cobijas con tu sombra á tu asesino.

II.

Dime, dime, árbol gentil,
¿Dónde encontrar podré yo,
Para darle gracias mil,
Al hombre que te plantó?

Dímelo, dime quién es,
Que quiero besar su mano,
La mano por quien te ves
Erguido en aqueste llano.

Hombre de bien habrá sido
El que existencia te dió:
A quien el sér le has debido,
No puede ser malo, no.

¡Mas ay! mis ojos descubren
Al pié del tronco una tumba:
Lirio y adelfa la cubren,
Y el aura en sus hojas zumba.

¿Quién yace en ella? ¡Oh qué bello
Es yacer en sitio tal!

Yo tambien quisiera habello
En mi agonía fiada.

¿Quién yace en ella? Mis ojos
Descubren una inscripción.—
Aquí yacen los despejos
De los que padres me son.—

Arbol mio.... di.... ¿qué indica
Esa inscripción misteriosa?
¿Qué aventura significa?
¿Tus padres bajo esa losa!!!

III.

Así decia yo, fija la vista
En el gran vegetal, monarca hermoso
Del prado delicioso,
Y en la tumba á la vez que me contrista.

Y tanto pudo mi doliente ruego,
Y tanto el ansia de indagar, y tanto
Mi repetido llanto,
Que de la historia sabedor fuí luego.

Un armonioso y celestial sonido
Escuché junto á mí, que embebecia,
Y del árbol salia,
Precursor de algun sér desconocido.

No me engañé, que del oculto seno
Ví del árbol brotar un genio hermoso,
Que en raptó delicioso
Dejóme hundido, y de entusiasmo lleno.

Y un ruido al salir hizo apacible
Como el arco de amor que lanza el tiro,
O cual suena el suspiro
Que al aire envía el corazón sensible.

En su labio brillaba la sonrisa,
Y en su dulce mirar la alma inocencia:
Su bella adolescencia
Era tan pura cual su bella risa.

Dos alas en los hombros sustentaba
Que de pluma creí, vária en colores,
Y eran alas de flores
Que ledo entonces el Abril criaba.

Era el ángel del árbol, ángel bello
Guarda del vegetal; que el bosque es santo
Y el cielo sacrosanto
Sus ángeles destina á defendello.

Abrió los labios, y la bella historia
Del árbol me contó: yo silencioso,
Y humilde y respetuoso,
La grabé para siempre en mi memoria.

IV.

“Tres lustros no hace
(El ángel me dijo)
Que el par que aquí yace
Formara un enlace
Que Dios no bendijo.

En estas llanuras
Entrambos nacieron,
Y hermosas y puras
De amor las dulzuras
Sus almas sintieron.

Los celos sombríos
Jamás los turbaron;
Jamás los desvíos
Funestos, impíos,
Su dicha anublaron.

Que amor en su pecho
Tan solo vivía,
Y amor era el lecho,
Y amor tan estrecho
Que tal no lo había.

Y Damon no obstante
Silencioso andaba,
Y triste semblante

El mísero amante
Do quiera llevaba.

Y triste y llerosa
Do quier le seguía
Filene su esposa,
Y pena enojosa
También padecía.

¡Ah! que eran esposos,
Y padres no eran,
Y nunca de hermosos
Hijuelos graciosos
Cercados se vieran.

Por eso la esposa
Leal, sin segunda,
Gemía llorosa;
Que en vano es hermosa
La que es infecunda.

Por eso el esposo
Gemía en perenne
Dolor congojoso;
Que en vano es esposo
Quien hijos no tiene.

Mil veces al cielo
Los ojos alzaron

Pidiendo consuelo,
Mas unca su anhelo
Cumplido miraron.

*¡Y qué! dijo un día
Damon á su esposa:
¿Será tan impía
Mi estrella sombría
Que venza ominosa?*

*¡Jamás! Ven conmigo,
Esposa adorada,
Ven al prado amigo,
Y él será testigo
De mi fé preciada.*

*Volemos, volemos,
Y en medio del prado
Un árbol plantemos,
Y en él contemplemos
El fruto anhelado:*

*Y días serenos
Tendremos en breve,
Y hermosos y buenos,
Si un árbol al menos
La vida nos debe.—*

Dijo, y fué la planta
Que árbol es ahora,
Arbol que te encanta,
Y la sien levanta
En paz bienhechora.

Crecer lo miraron
Damon y Filene,
Y tanto le amaron,
Que al fin olvidaron
Su llanto perenne.

Y un hijo en él vieron
Con fiel regocijo,
Y ancianos murieron,
Y tumba eligieron
Al pié de su hijo.”

V.

Así dijo el ángel, y hermoso y alado
Al tronco del árbol torpó, do saliera,
Cual torna á la mente recuerdo olvidado,
O tal como al pecho de vida privado
El alma que huirse del pecho quisiera:
Yo entonces que historia tan plácida oyera,
En estro divino quedé enajegado,
Y el plectro pulsando, canté arrebatado
De aquesta manera:

No en vano se entusiasmaba
Arbol bello, el corazon,
Cuando tu copa miraba:
No en vano te tributaba
Homenaje y bendicion.

Salud mil veces, salud.
¡Oh tú, que inspiras virtud
Con solo una vez mirarte!
¡Salud! y deja loarte
De mi sencillo laúd.

Bella y hermosa tu cima
Hasta los cielos se eleve:
Nunca el invierno la oprima,
Ni en ella otro viento gima
Que el favonio manso y leve.

Siempre te ria el Abril;
Siempre risueña y gentil
Florezca tu cabellera,
Esparciendo por la esfera
Perfumes y esencias mil.

Y tanto eleves la frente,
Que el primero ser consigas
En ver al sol en Oriente;
El último que á Occidente
Con tu mirada le sigas.

Y tanto las ramas tiendas,
Y tan anchas las desprendas,
Que cubras todo el otero,
Cobijando un pueblo entero
Cuando los brazos estiendas.

Cubre tambien esa losa
Do yacen ambos á dos
Damon y su santa esposa:
Ellos existencia hermosa
Te dieron despues de Dios.

¡Ellos te dieron el sér!
Ellos dieron á entender
Que amar al árbol leal
Es tal vez *accion moral*,
Es por ventura *un deber*.

EL 5 DE MARZO DE 1838.

Era la noche, y en tranquila calma
El sueño bienhechor nos ronreia,
Libre de susto y de recelo el alma,
Enmudecido el viento
Las alas encojia:
Naturaleza entera parecia
Resistirse á la ley del movimiento.

Todo, todo dormía,
Menos la gente impía
Que las tristes gargantas señalaba
De los que fiera degollar pensaba.
“Venid, dijeron, y daremos muerte
“En su reposo inerte
“A los hijos de Augusta: el hierro, el fuego
“Siembre en sus lares orfandad y lloro.
“¿Dudais? ¿titubcáis? nuestro es el oro,
“Suya la afrenta, el esterminio ciego.”

Así dijeron: y la luna al malo
Propicia aquella noche,
Abandonando el enlutado cielo,
En las ondas del mar hundió su coche.

Tristes hijos de Heredia y de Lanuza,
¿Qué hareis? Las calles todas
Ocupadas están: fuertes y plazas,
Todo, todo cedió: los enemigos
Que entré vosotros duermen,
Al aviso tal vez han despertado,
Y el hierro han preparado
Para unirlo al puñal de los feroces,
Cuyo número y gente
Ignorados os son. ¿Oís las voces
Por el viento vagar? No hay esperanza

De salvacion: ¿En dónde
Guareceros podréis? Suelos, dispersos,
Sin caudillos, sin plan... ¿cómo es posible
La audacia rechazar de esos perversos
Entre las nieblas de la noche horrible?

Cede, pues, oh milicia,
Y cuéntate feliz si con el ruego
Consigues aplacar su encono ciego,
Y saciar con el oro su avaricia.

“¿Ceder! ¿Cómo ceder? grita un valiente,
Y otro bravo repite el eco santo:
“¿Maldición al cobarde
“Que el miedo acate con pavor y espanto!
“Si no es tiempo quizá de hacer alarde
“De espléndida victoria,
“Para morir con gloria,
“Para honrados morir, jamás es tarde.”

“Muramos con honor.”—Así gritando
Saltan los libres del caliente lecho,
Estrechando tal vez al tierno pecho
La esposa que ventura está soñando:
La esposa, que al abrazo despertando
Siente en el seno agitación incierta,
Y al hijo que en la cuna está dormido
Con su llanto infeliz moja y despierta.

El padre que la puerta
Del inerte zaguán abandonaba,
Oye los ecos del infante amado,
Y retrocede, y sube, y alterado,
Con rostro lastimero,
Un beso, que ser puede el postrimero,
En su rostro infeliz deja clavado.

“¡Hijo querido.... morirás vengado!

“¡Vengada morirás, esposa mía!

“La santa libertad bravo me hacía:

“Un recuerdo me hará desesperado.”

Dice, y vuelve á bajar. ¡Ay del primero
Que contrastar su furia
Insano presumiere!
Amor y libertad mueven su brazo,
Y su golpe es fatal: mata, no hiere.

Por eso son cadáveres, no heridos,
Los que miráis caer. ¡Huid, cobardes,
Miserables, huid! Del blando sueño
Los valientes de Augusta despertaron,
Y los cómplices fieros que esperabais,
Al abrir de sus ojos se espantaron.
En vano os adularon
Las sombras de la noche; en vano el cielo
Con nebuloso velo

Protejió vuestra audacia aterradora:
La refulgente aurora
Espanto os guarda, y confusión, y duelo.

Y confusión, y espanto,
Y lágrimas, y luto,
De vuestra audacia ha sido
El justo premio, el lamentable fruto.
Y el padre de la luz salió entre tanto,
Y de los libres la inmortal victoria
Sonriendo miró. ¡Bravos de Augusta!
Los mismos sois que fuisteis;
Los mismos que de lauros inmortales
Vuestras frentes patrióticas ceñisteis.

Vosotros no pedisteis
Para audaces vencer ó ser vencidos,
Como Ajax Telamon, la luz del día:
Cuando su lumbre vino,
El hierro purpurino
Reflejó vencedor en noche umbría.

Inextinguible y santo
De libertad el fuego
Arde en tu pecho fervoroso y ciego,
Eminente ciudad, del malo espanto.
Esas débiles tapias mientras tanto
Serán por siempre antemural del trono: